

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador núm. 24 y 26.
1876.

Cuaderno 19.

L47
1872

HISTORIA DE LAS PERSERUCIONES

SUBRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONTIENE EN EXAMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTAN, DE LAS PRINCIPALES PROSECUCIONES DE LA IGLESIA EN LOS SIGLOS XIV, XV, XVI, XVII, XVIII Y XIX; LA PROSECUCION DE LOS TIRANOS Y REYES HERETICOS Y DE LOS REYES HERETICOS, REFORMADOS Y REFORMADOS, CON ESPECIALIDAD EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII. LOS SIGLOS GONDOLES DEL SIGLO XVIII CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CAVARIA, EN EL SIGLO XIX, HASTA EL PRESENTE, EN EL SIGLO ACTUAL.

OPERA ESCRITA POR

D. Eduardo Maria Vitoriano y D. José Hibelonso Gallo

REVISADA

CON MAGNIFICAS LAMINAS-INTERCALADAS EN EL TEXTO

PREVIA CENSURA DIOCESANA



EL REMORDIMIENTO

LA VERDAD DE LA CONCIENCIA

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HERRERO DE D. PABLO HERRERA

Calle de Balmes num. 21 y 23

Quadrado 1911

cubrían el Arca santa; en Daphne, mandó erigir un teatro en el lugar que ocupaba la sinagoga.

De índole semejante á estos actos fueron las huellas que marcó en su veloz marcha Tito, quien parecia enpeñado en borrar el renombre de clemente, que habia conquistado.

Al regresar á Jerusalem sintióse profundamente conmovido, considerando la inmensidad de ruinas amontonadas por sus ejércitos. Las cordiales relaciones que mantuvo con algunos judíos distinguidos como Agrippa, Berenice, Josefo, Tiberio, Alejandro y otros, estendió el rumor de ciertos proyectos de creacion de un imperio oriental.



SAN MATEO APÓSTOL Y EVANGELISTA.

Tito se enorgullecia de haber sido el instrumento de la Providencia para la realizacion de las profecias, cuya lectura se hacia repetir sentado en los escombros del templo.

Los soldados de Tito en Jerusalem, los de Vitelio en Roma, habian consumado la expiacion decretada contra el templo y el Capitolio; contra el primero, porque se empeñó en perseguir al heredero de los profetas y patriarcas, á la gloria viva de Israel, al que un anciano sacerdote elevándole en sus trémulos brazos lo declaró luz de la revelacion de las naciones y honra de su pueblo; contra el segundo, porque se empeñaba en deificar las execrables pasiones humanas, y en encumbrar á la categoria de dioses los mas degradados mortales. El templo habia crucificado al Mesias, el Capitolio habia crucificado al representante inmediato

del mismo Mesías. El templo y el Capitolio vieron aquel perdida para siempre su existencia, este empezada la rápida declinacion de su grandeza.

Como hemos indicado, los judíos no eran ajenos á la severidad de Neron contra los cristianos. Ellos contrajeron una grave responsabilidad ante la Justicia divina, por la atmósfera contraria á los discípulos de Jesús que confeccionaron en el palacio imperial. Los judíos que privaban cerca de la persona del Emperador, hicieron comprender á este que las ideas mesiánicas tendian á erigir un imperio en Oriente. Herodes y Agrippa II se hacian eco de las calumniosas suposiciones sobre este punto difundidas. Lo que está fuera de discusion es que nada hicieron para justificar en el concepto de Neron á los indefensos é inocentes cristianos. La persecucion que hemos descrito, fruto de madurados cálculos, era conocida de antemano de los cortesanos. Pues bien, entre estos estaba Tiberio Alejandro, judío de alma y corazon, y Josefo, que calificaba de piadosa á la emperatriz Poppæa, porque se gloriaba de pleitear por la causa de los celadores judíos. Á su intercesion debieron la libertad en el año 62 ó 63 los sacerdotes hebreos arrestados. Entre la turba de comediantes descollaban algunos judíos, entre ellos el mímico Alityrus, cuyo influjo en la casa imperial era ilimitado.

Cuando la persecucion cristiana el elemento judaico tenia un dominio indisputable. Hasta entonces en Roma se habia confundido el judaismo con el Cristianismo, como lo atestigua la expulsion de judíos y cristianos acontecida en tiempo de Claudio. ¿Quién marcó á Neron la línea divisoria entre los adeptos del órden de cosas mosaico y los del órden jesuítico? Clemente romano, explica los sangrientos sucesos de los jardines vaticanos, la cruel matanza de los cristianos como efecto de *los celos*, esto es, de la rivalidad entre individuos de la misma cofradía. La sospecha concebida por los observadores históricos contra la nobleza de proceder de los judíos, viene corroborada por el incontestable hecho de que antes de la destruccion de Jerusalem, los judíos fueron los verdaderos perseguidores de los cristianos é hicieron cuanto les fue dado para anonadarles.

Los judíos, pues, eran responsables ante Dios primero de haber efectuado las persecuciones sufridas por la Iglesia antes del incendio de Roma; segundo de haber inspirado la primera persecucion seria declarada á la misma por el poder pagano. Jerusalem no se contentó con ser la perseguidora de CRISTO; quiso tambien armar contra CRISTO la mano de Roma.

Esto explica la gravedad y la solemnidad de su castigo providencial.

El dedo de Dios se hizo visible á cuantos no estuviesen ciegos. Solo los sordos no oyeron la confrontacion de los vaticinios con los acontecimientos.

XXXIV.

Cristianos notables martirizados luego de la muerte de los príncipes de los Apóstoles.

La existencia de Galba, Othon y Vitelio en el trono fue demasiado rápida para que pudieran dedicarse á la persecucion de los cristianos. No obstante, al impulso de las órdenes de Neron continuaban las inmolaciones de inocentes víctimas. Los agentes del imperio contaban con la impunidad de los atropellos que cometieran en aras de sus miras apasionadas. Y aun mas allá de los dominios del imperio, los enviados chocaban con los obstáculos suscitados por la idolatría, que estaba universalmente estendida.

Entre el fin del imperio de Neron y el comienzo del de Vespasiano, cuéntase que acabó heroicamente sus dias uno de los mas activos é importantes miembros del Apostolado. Mateo, natural de Galilea, llamado por el Señor á asociarse á la obra de la evangelizacion, terminó probablemente en Etiopía el camino emprendido en las playas de Tiberiades.

El llamamiento de Mateo á la cooperacion de la obra de Jesús escitó el descontento de los que pretendian medir la obra divina por cálculos humanos. En verdad el empleo de re-

caudador de tributos en nombre de los romanos que ejercía el llamado, tenía razonable impopularidad entre los judíos, para quienes la tributacion al César era una vejacion ilegítima. Aceptando aquel cargo oneroso á su pueblo, Mateo demostró poca escrupulosidad con respecto al judaismo. Un judío de buena escuela no lo hubiera admitido. Cuando Jesús le dijo: «sígueme» fue necesaria toda la fidelidad del pequeño grupo de discípulos reunidos para que no se levantara una protesta y no se marcharan los que ya le seguían. La sorpresa aumentó cuando Mateo dedicó á su nuevo Maestro un banquete espléndido y cordial. La confabulacion con aquel pecador produjo mucha murmuracion entre los escogidos; mas la esposicion de los sentimientos de mansedumbre del corazon amoroso de CRISTO cerró los labios de los descontentos ¿es que acaso el Mesías no venia para salvar á los perdidos? Los judíos sinceros, los gentiles honrados ¿no eran tambien pecadores á los justísimos ojos del Padre celestial? Mateo, al oír la defensa de la misericordia hecha por el Señor, se adhirió de tal manera á ÉL, que no le abandonó un instante mas. Dejó el servicio de César para constituirse servidor asídúo y constante de Dios. Fue testigo de los milagros típicos obrados por JESUCRISTO.

Después de la ascension Mateo escribió el Evangelio, antes que Marcos, Lucas y Juan. Aquel libro, que tiene la gloria de iniciar el cánón sagrado del Nuevo Testamento, es la calmosa é imparcial historia de los hechos del Dios-Hombre. El aspecto humano de la vida de Jesús es el objetivo de aquellas páginas preciosas. Reseña el Evangelista los hechos humanos del Mesías para que ante su magnitud se reconozca que no pudieran realizarse sin especial milagro. De su libro ha escrito el anticristiano Renan, las palabras que van á leerse, que son un homenaje apreciable rendido á la verdad, que hablaba por boca del Evangelista: «Mateo merece, en cuanto á los discursos, que se le conceda ilimitada confianza; ellas son las *logia*, las notas tomadas bajo la impresion del recuerdo claro y palpitante de la enseñanza de Jesús. Una especie de destello dulce y terrible á la vez, una fuerza divina, si se me permite la frase, marcan estas palabras y, destacándolas del texto, permiten al crítico reconocerlas fácilmente. Aquel que se haya tomado el trabajo de hacer una composicion regular sobre la historia evangélica, posee bajo este supuesto la mejor piedra de toque (1).»

Créese que Mateo escribió su Evangelio en lengua hebráica.

El campo escogido por Mateo para cultivar la heredad cristiana fue la Persia y la Media.

Cuentan algunos cronistas que á causa de la ruidosa conversion de un rey armenio, debida á milagros operados por el santo Evangelista, desencadenóse contra él una persecucion por parte de los idólatras de la que fue víctima preciosa. Otros historiadores pretenden que murió tranquilamente.

Acabó tambien gloriosamente sus dias en aquel período el Apóstol Andrés, el primero que el Señor llamó en la feliz mañana de la constitucion del Apostolado. Tomó parte activa en todas las fatigas de la fundacion del Cristianismo. No son conocidos los detalles del itinerario que recorrió predicando, si bien se sabe por constante tradicion que, encontrándose en Patras, ciudad de la Acaya, ejerciendo el ministerio apostólico recibió la corona del martirio el año 69.

Fue otra víctima resultado de la actividad de Neron.

Algunos delegados del imperio emularon en crueldad con el soberano que presidía la marcha del universo, y ganosos de complacer al árbitro de sus destinos buscaron pretextos para manifestar la devocion al César marchando sobre las huellas marcadas por sus barbaridades. Smirna tuvo sus prisioneros; Pergamo presenció el martirio de Antippas, ejecutado en una fiesta popular, dándose su muerte como espectáculo en un anfiteatro contiguo al templo de Esculapio.

En las provincias como en la capital, en las extremidades como en el centro, se designaba al cristiano con calificativos que entrañaban un proceso de muerte. *Hostis, hostis patriæ, hostis publicus, humani generis inimicus, hostis deorum atque hominum* eran las designacio-

(1) Renan, *Vida de Jesús*, introduccion.

nes específicas de los discípulos de Jesús; contra ellos, según expresión de Tertuliano, cada hombre era legítimo soldado.

Dejóse al arbitrio de las autoridades subalternas apreciar el grado de criminalidad de los acusados de Cristianismo, lo que equivalió á arrojar la vida de los fieles á manos de los apasionados gentiles.

Andrés fue crucificado en Patras como á enemigo del género humano y de los dioses, *hostis deorum atque hominum*.

Dos años después se extinguía otra de las primitivas lumbreras del período de la Redención. Bartolomé desempeñó el ministerio evangélico en las más apartadas tierras. Penetró hasta las Indias, ó á lo menos hasta la Arabia meridional, y atrajo á JESUCRISTO innumerable grey. Traspasando las fronteras del mundo civilizado puede considerarse como Apóstol de los salvajes, el Apóstol que sirvió de tipo al moderno Javier y que enseñó á no retroceder ante impenetrables murallas á nuestros intrépidos misioneros.

La lejanía de las regiones predicadas por Bartolomé dificultó el conocimiento de los detalles de su vida y de su muerte. Es preciso trasladarse á aquellos tiempos, en que á escepcion de algunos países céntricos, no se conocía facilidad ninguna de comunicaciones para apreciar debidamente, así la árdua empresa del primer Apóstol de las Indias, como la dificultad de investigar los episodios que glorificaron su heroica empresa. Sabemos que el texto de su predicación fue el Evangelio de san Mateo, y que el año 71 recibió la corona del martirio. Un siglo después algunos cristianos, entre ellos Panteno, recogieron por la tradición de los bárbaros noticias de su admirable muerte, según las cuales, desollado vivo, fue luego decapitado; confirmando con la resignación en medio de sus agudos tormentos el carácter divino de su doctrina.

Finalizó también su carrera en aquel tormentoso período Judas Tadeo, hermano de Santiago, agosto primo de María. El Asia Menor atrajo sus miradas apostólicas. La Iglesia universal conserva un documento que es certificado elocuentísimo de su fervor y de su celo. Velar por la pureza de las costumbres cristianas, por la integridad moral de la grey del Señor es el afán que se descubre en su carta, que goza de la plena autoridad de un libro canónico. Denuncia la intrusión en la Iglesia de ciertos hombres impíos que enturbiaban la santa claridad de la vida regenerada. «Estos son, dice, los que contaminan vuestros convites de caridad, banquetando sin vergüenza, cebándose á sí mismos; nubes sin agua llevadas de aquí para allá por los vientos, árboles otoñales infructuosos, dos veces muertos, sin raíces; olas bravas de la mar que arrojan las espumas de sus torpezas; exalaciones errantes, á quienes está reservada una tenebrosísima tempestad, que ha de durar para siempre (1).» Este solo período diseña perfectamente la fe, la caridad, el carácter y el estilo del eminente Apóstol.

El itinerario de su predicación no es bastante conocido. Los moscovitas creen haber sido evangelizados por él. San Gregorio le designa como enviado por el colegio apostólico á la conversión del rey Abgaro. La Mesopotamia le venera también por uno de sus padres en la fe. Hay quien pretende haber sido el fundador en Armenia de la jerarquía episcopal. Algunos menólogos griegos consignan que recibió el martirio, asaeteado en un lugar de Persia.

Así iban desapareciendo las notabilidades de la fundación del Cristianismo. Los primitivos representantes de la sucesión de las doce tribus tomaban posesión, uno después de otro, de los tronos que el Señor les tenía reservados para juzgar á Israel. Casi todos morían epilogando con la elocuencia del martirio la predicación dilatada á que se habían consagrado. Y morían consolados, porque la nave Iglesia había dado pruebas de divina resistencia, de indomable fortaleza. La multiplicación de los hijos del Evangelio daba lugar á creer que pronto serían numerosos como las estrellas del cielo los miembros de la familia cristiana. El consorcio de la gracia divina con la fidelidad de los elegidos era á todas luces fecundo. La realidad de las promesas del Mesías no era ya una simple creencia era también un hecho palpable.

(1) Epístola católica de san Judas.

XXXV.

Imperio de Vespasiano.

Consignamos agradablemente que no es el triste título de perseguidor de la Iglesia el que da á Vespasiano un lugar en esta historia. El sucesor de Vitelio deja en paz la Iglesia. «Jamás cruzó ni siquiera por su mente el pensamiento de dañarnos,» escribe Eusebio. Ni un decreto de muerte ó de persecucion salió de su pluma, si algunas víctimas hubo durante su imperio en regiones apartadas á su trono por pretextos religiosos, fueron inmoladas, ó por motines populares, ó por extralimitaciones debidas todavía al impulso de la ira neroniana.

La Iglesia recobró su situacion libre y modesta desde el dia en que, derogados los odiosos decretos de Neron, pudieron volver los cristianos á ampararse tras el escudo de los derechos comunes. Sin alardear la especie de victoria moral conseguida tomaron pacífica posesion de sus derechos, ostentando á la faz pública el carácter religioso que les distinguia.

Una pariente del mismo Vespasiano, Flavia Domitilla consagró un edificio sepultura á la memoria de sus próximos y amigos que profesaron la fe de Jesús. Aquel suntuoso panteon erigido á la vista de Roma entera tenia su inscripcion para todos inteligible, y en una de sus galerías admirábase trazado por un pincel maestro un fresco en el que presentábase á Daniel en medio de los leones, como artístico recuerdo de las persecuciones sufridas, y contestacion valiente á la frase que fue popular «los cristianos á los leones.» En algunos muros de la destruida Pompeya se encontraron inscripciones que atestiguan la publicidad que se daba á la asociacion católica en las postreras jornadas de aquella desgraciada villa, inscripciones tan claras como esta: *audi christianos* (1).

Pudieron, pues, los cristianos reunirse para llorar, para orar, para glorificar á Dios, santificar sus almas y tratar de lo mas conducente á la propaganda del Catolicismo.

Vespasiano debe ser considerado aquí como el príncipe bajo cuyo cetro tuvo lugar la suprema expiacion de las pecados de Israel, el término de la existencia moral y legal del Antiguo Testamento y la realizacion de las últimas profecías que debian cumplirse en el siglo del Mesías, ó sea, en la plenitud de los siglos.

La Sinagoga, esperanzada en tiempos de Neron, disuelta sin esperanza en los de Vespasiano; y la Iglesia, perseguida y, en concepto de sus perseguidores anonadada por las intrigas, manejos y calumnias de los judíos, rehabilitada y, por decirlo asi, reconstituida á la faz de sus altivos adversarios, ofrecieron uno de aquellos contrastes imprevistos, superiores al cálculo humano.

Jerusalen estuvo perdida definitivamente, porque no tenia destinos que cumplir en el orden religioso; Roma, conservada á través de la expiacion, porque menos pertinaz que Jerusalen empezaba á inclinarse benévola hácia las instituciones regeneradores y, aunque recelosa, entreabria los ojos á la luz que orientaba.

La noble tolerancia de Vespasiano facilitó la reorganizacion y aliento de la cristiandad, y por lo tanto, la difusion de los sentimientos de justicia y de amor, cuya universalidad habia de cambiar la faz religiosa y política del mundo.

Verdad es que no tardaron en surgir nuevos y duros contratiempos á la marcha de la Iglesia; pero el reposo que disfrutó durante los reinados de Vespasiano y de su hijo permitióle recuperar sus fuézas agotadas humanamente y prepararse á mas organizada y eficaz resistencia.

Estas ventajas debieronse, si no á la virtud religiosa, á lo menos á la honradez característica de Vespasiano, y quizá á su mayor conocimiento de los resortes secretos del corazon.

(1) Noticias debidas á las sábias investigaciones arqueológicas de Mr. Rossi.

Debióse la eleccion de Vespasiano al contagio de la insurreccion. El ejército galo proclamó á Galba, el germano á Othon y Vitelio, el oriental, para no ser menos, elevó á Vespasiano.

Eligiendo al probo, maduro y experto caudillo de sus legiones, el ejército oriental eclipsó la obra de sus rivales, pues desde Octavio Augusto no habia tenido Roma un soberano tan digno de gobernarla.

No tardó en sentirse la influencia de la probidad, tacto, discrecion y elevacion de miras del nuevo Emperador, que despues de las veleidades, caprichos, locuras, concupiscencias, endiosamientos é imbecilidades de Calígula, Tiberio, Claudio, Neron, Galba, Othon y Vitelio, venia á llevar á la gobernacion del estado un pensamiento, un programa verdaderamente politico y administrativo.

Para remediar los inmensos males causados en el órden social y en la administracion pública por el atolondramiento, la malicia y la incapacidad de sus antecesores, empezó restaurando la modestia y sencillez de Augusto en su vida particular, á cercenar las dilapidaciones y los faustos-escesivos.

Y vióse otra vez al soberano platicar sencillamente con el plebeyo, abandonar la morada del Palatino para vivir en el retiro de la villa de Salustio, y enseñar prácticamente á los senadores y grandes patricios el camino de la digna y salvadora economía.

¡Ojalá que Roma no se hubiera desviado de la línea de sus modestas costumbres primitivas, y obcecada por los triunfos que le proporcionaron la dominacion universal no se hubiera constituido en el gran recipiente de la pasiones exageradas del universo!

Vespasiano probó poseer la virtud de la continencia y la del dominio de sí mismo, cualidades excelentes en cuantos están llamados á ejercer la soberanía. Habiéndosele denunciado á Metius Pomposianus por el hecho de haberse construido un horóscopo que le prometia el imperio, en vez de castigarle le nombró cónsul, «así me lo agradecerá, dijo, cuando será Emperador.»

Á la sombra de las ruinas de Roma surgen magníficos edificios; y paralelamente se restaura la perdida legislacion. Una comision del Senado busca copias de las tres mil leyes, tratados, senado-consultos y plebiscitos cuyas planchas originales perecieron con el Capitolio, y el *Tabularium* restaurado recibe un nuevo ejemplar grabado en bronce de aquel código, cuyas primeras páginas fueron escritas por Rómulo.

La disciplina del ejército reaparece. Los dacios repasan el Danubio; los piratas, que gracias á las divisiones de los defensores del imperio, señoreaban el mar Negro, son rechazados hasta la Colchida; los bandidos garamantes son lanzados sobre las arenas del África; Petilus Cerialis vence velozmente la insurreccion militar del Rhin; el imperio de los galos queda desecho; los partos anhelan estrechar la alianza con los romanos.

Para colmo de gloria, Vespasiano recibe en triunfo á su hijo Tito, que regresa llevando á Roma los despojos de Jerusalem.

«El cortejo fue, segun el historiador judío Josefo, como un rio no interrumpido de plata, oro y lienzos riquísimos, de coronas de oro guarnecidas de piedras preciosas, de dioses llevados sobre estandartes sagrados, de animales de Oriente con sus guías y guarniciones ordinarias, de curiosidades, como el árbol de bálsamo, especialidad exclusiva de la Judea y que los romanos se gloriaban de haber salvado contra los esfuerzos de los mismos judíos. Tras de estos tesoros, seguian como botin mas glorioso los prisioneros, ó mejor, lo mas escogido de los prisioneros, vestidos magníficamente para disimular su desfallecimiento y su dolor; y despues setecientos escogidos de entre cien mil cautivos, los de mas arrogante figura y esbelta talla, los mas notables por su fama ó valor; y á su cabeza Simon, hijo de Gioras, llevando colgado al cuello el lazo que debia extrangularle y recibiendo en determinadas etapas fuertes azotes, como los recibió en otro tiempo Vercingetorix ante el carro de César. Desfilaban luego las representaciones de las ciudades tomadas, algunas de ellas de tres á cuatro pisos de elevacion; bajos relieves incrustados de plata y marfil, representando escenas de la guerra, hasta las mas espantosas. Figuraban algunas grandiosas naves y finalmente los despojos del templo, cande-

labros, copas de oro, el velo, la mesa de los panes de proposicion, el candelabro de siete mecheros, el libro de la ley. Y presidiendo estos trofeos los dos príncipes en carro triunfal bajo un dosel de laureles y púrpura. Y al estribo Domiciano á caballo (1).»

Al llegar por la via Sacra al templo de Júpiter Capitolino la comitiva se detuvo para dar lugar á la ejecucion sangrienta de Simon, que arrastrado en medio de la mas infernal silva, fue precipitado, mejor suspendido desde la roca Tarpeya (2). Una inmensa aclamacion dió la señal de haber muerto el último defensor de Jerusalem. Los príncipes ofrecieron á Júpiter el sacrificio de reglamento, y Roma se entregó á todas las delicias de la victoria.

Un arco de triunfo erigido sobre la via Sacra, que todavía subsiste, perpetua la memoria de aquella jornada admirable, en que Roma recibió cautiva á la ciudad de Jerusalem y á la civilizacion en su templo simbolizada.

Contribuyó sin duda aquel triunfo á sostener y aumentar el prestigio de Vespasiano, pues Roma comparó la diferencia entre las inútiles y vanas festividades que le otorgaba Neron, entre los laureles de la mímica y del canto teatrales y estos otros espectáculos, que mas ó menos justa, pero siempre positivamente, certificaban el poder y la respetabilidad de la patria.

Augusto demostró cierta rigidez en el gobierno. Poco ganoso de adular las pasiones populares, se limitó á respetar *pro fórmula* las instituciones democráticas, ejerciendo un verdadero dominio absoluto. Las provincias sintieron la nervuda mano del imperio apretándolas y acercándolas al tronco, y escatimándolas la libertad de que habian disfrutado. Bizancio, Samos, Rodas perdieron la sombra de autonomía que les fuera concedida; la Cilicia, pequeño reino vasallo erigido en el Asia Menor, no fue mas reino. La Grecia, á la cual Neron declaró libre, sufrió de Vespasiano el reproche de haber sido inepta en el uso de la libertad; y fue de nuevo sujeta al yugo de los procónsules, porque, como dice Pausanias, dejó arder en su seno «el espíritu de discordia mútua entre sus pueblos, eterno vicio de su naturaleza ó carácter.»

Existia limítrofe del imperio romano y del reino de los partos un reino reducido sobre el Eufrates, posicion estratégica que podia servir un dia de embarazo á los proyectos de Roma. El procónsul de Asia denunció al anciano rey de aquella diminuta monarquía, como aliada de los partos. El procónsul recibió de Vespasiano por respuesta: «Haced de este rey lo que juzgueis conveniente.» Aquel pobre rey, colaborador de Tito en la guerra contra Judea, fue cargado de cadenas y enviado cautivo á Roma. Vespasiano se apiadó de él y le permitió se quedara libre en Lacedemonia. Así se extinguió la última rama de los Seleucides.

Preocupóle privilegiadamente la moralizacion de las costumbres desbordadas de su pueblo, la represion del libertinaje, la censura de las costumbres. Respetando la libertad en principio, no simpatizó con la práctica de las libertades concretas.

Sin embargo no se vió libre de degradantes defectos. La avaricia empequeñecía su alma, que, segun lo que de lo espuesto se deduce, sabia elevarse. La impunidad de ciertos crímenes era vendida por sus agentes ó por sí mismo. Cargos imperiales eran comprados y cedidos al mejor postor. Cenis, su antigua concubina y palaciega vendia hasta las audiencias imperiales. Preferia nombrar magistrados venales «estos son esponjas, decia, que yo esprimo cuando están empapadas.» Cierta ciudad envióle una comision para impetrar el permiso de elevarle una estatua colosal de valor un millon de sextercios: Vespasiano abre la mano y contesta á los diputados: «Ahí teneis el pedestal.»

De todos modos, á pesar de estos lamentables lunares, Vespasiano desarrollaba su programa, dando á Roma dias florecientes. No podia faltar una oposicion seria contra aquel sistema gubernamental.

(1) De Josefo y Suetonio.

(2) Otros creen que no fue en la roca Tarpeya, sino en las gemonias de la cárcel Mamertina, donde acabó su vida el caudillo de la Judea.

La idea republicana vivía en el fondo de los corazones romanos. Los filósofos, que raras veces andan de acuerdo con los políticos, soñaban en la reconstitución de las instituciones populares. A medida que se alejaban los tiempos de la república crecía el entusiasmo por aquella forma; las faltas, los crímenes del imperio hacían olvidar las desgracias causadas por la república. Pululaban algunos estóicos políticos, senadores anhelosos de ser de nuevo los reyes del mundo. Helvidius Priscus se jactaba de rehusar estudiosamente á Vespasiano el título de César. Arulenus Rusticus evocaba las virtudes republicanas de Thraseas, su amigo, envolviendo en las apologías del ciudadano difunto el proceso acusador del soberano viviente. Las mujeres, accesibles á las teorías sentimentales, poetizaban las aspiraciones pro-sáicas de los varones. Arria, esposa de Thraseas, y Fannia, que lo era de Helvidius, pleiteaban por la causa de la resurrección democrática, y celebraban en sus domésticas reuniones las virtudes de Brutus y de Cassius.

Vespasiano deseaba dejar á los descontentos en el uso de su derecho de oposición; mostrábase hasta imposible á las verdaderas manifestaciones de afecto á la memoria de Neron, sobre cuya tumba se derramaban flores. Mas no faltaban cortesanos que aconsejaban al Príncipe la adopción de una política decisiva y enérgica contra los desafectos.

Cargábase mas y mas la atmósfera de espíritu de lucha y de combate, haciéndose imposible evitar la colisión entre la rebeldía latente y la autoridad resistente. Un día Helvidius se expresó en el Senado con tal violencia contra el imperio, que los senadores le prendieron para entregarle al lictor. Vespasiano libró de la muerte á su adversario, en cambio le suplicó se abstuviera en adelante de asistir al Senado.

«Borra mi nombre de la lista de los curiales, le contestó, porque si me dejas senador debo asistir al Senado.»

«Asiste, le dijo el Emperador, mas no hables.»

«Yo no callaré si tú no me prohibes hablar.»

«Yo solo puedo suplicártelo.»

«Pues yo debo decir lo que mi conciencia me dicte.»

«Yo te haré morir.»

«Nunca he creído ser inmortal. Ambos representaremos nuestro papel respectivo; el tuyo es matarme, el mio es morir impávido; el tuyo es desterrarme, el mio es partir para el destierro sin humillarme.»

La altivez de este lenguaje y la indomable actitud del que le usó irritaron al César. Todos los representantes de la filosofía estóica recibieron orden de expatriación. Helvidius, Demetrius, Hostilius fueron relegados á una isla. Al poco tiempo Helvidius recibió la muerte por orden de Vespasiano.

La persecución contra la filosofía no tuvo entonces contrapeso.

Mas no eran los filósofos quienes debían amedrentar al soberano. Aquellos hombres teóricos, platónicos, idealistas no podían destronar á Vespasiano sino de la soberanía de las escuelas. Los filósofos puros jamás han sido capaces de fundar un sistema de gobierno. Los han estudiado todos, los han combatido todos, denunciado los defectos de todos; no han acertado á levantar ninguno.

El verdadero peligro para la situación estaba en el urdimbre de conspiraciones que venían elaborando los antiguos neronianos. Estos, habituados al manejo de los negocios y á las intrigas palaciegas, prepararon el asesinato del Emperador. Al frente del complot estaban Allienus Cecina, traidor de Vitelio, y Eprius Marcellus. Cecina recibió la muerte al levantarse un día de la mesa imperial; Marcellus hubo de darse la muerte por decreto del Senado. Así la conspiración de la virtud y la del vicio; políticos y filósofos perseguidos simultáneamente erigiéronse en oposición cerrada, categórica, abierta contra Vespasiano.

La influencia de Titus crecía por instantes. Era ya el árbitro supremo de los destinos de la patria. Cuando un romano le estorbaba hacia pedir la cabeza del designado por algunos solda-

des en el campo militar, ó por algunos ciudadanos comprados en el teatro. El ductil Vespasiano no tenia nervio suficiente para oponerse á los caprichos de las legiones ó del populacho y siempre cedia. Multiplicábanse en Roma las víctimas.

Existió por entonces un altivo galo, osado é inteligente, revolucionario, ex-senador por la ciudad de Langres en tiempo de las guerras civiles, ciudad que consiguió sublevar, rompiendo las planchas de los tratados existentes con Roma, cuyo programa era la fundacion en los galias de un imperio independiente. Vencido por las águilas de los césares, no le quedaba otro recurso que huir al campo de los germanos en revuelta, pero el temor de la suerte que en tal caso sobrevendria á su esposa Eponina, le hizo preferir sepultarse viviendo en antros solo de él y de sus libertos conocidos. Para borrar las huellas de sus pasos, su adicto liberto Martiales propaló la voz de que su dueño se habia envenenado. Hasta su esposa fue convencida de aquel suceso, y tan profundo dolor causó á su fiel alma la fúnebre noticia, que durante tres dias y tres noches estuvo tendida en el suelo sin probar ninguna clase de alimento. Sabiendo, lo que su esposo Julius Sabinus le hizo notificar, que vivia aun, Eponina continuó llorando en público; pero de noche visitaba á su recluso esposo, llevándole todos los consuelos de la fidelidad. Nueve años duró aquel sistema de vida, série de sacrificios heróicos, bajo la zozobra de las consecuencias de la mas leve y mas fácil indiscrecion. Eponina dió á Sabinus en aquel período dos hijos, que lactó y educó en el sepulcro donde vivia su padre. Al fin, el recluso fue descubierto y llevado á Roma bajo el peso de una acusacion mortal.

Eponina se presentó á Vespasiano, con sus dos hijos, nacidos y educados en las entrañas de la tierra, diciéndole: «Yo les dí á luz para que fuésemos mas á suplicarte el perdon de mi esposo.» Los concurrentes á aquella trágica entrevista lloraban enternecidos. El Emperador permaneció inflexible. «Tú morirás con él,» contestóla. «Y bien, dijo ella, yo he vivido con él mas felizmente en las tinieblas que tú, oh César, á la faz del sol y en medio de los resplandores de tu imperio.»

¿Por qué este rigor? porque veia en el acusado un descendiente, aunque bastardo, pero al fin un descendiente de Julio César, y á Vespasiano ofendian y alarmaban los vástagos de las antiguas dinastías, por esto en Roma proscribió á todos los descendientes de Julio, y en Judea á todos los descendientes de David.

Eterna mancha del nombre de Vespasiano será la memoria de tamaña crueldad.

Pronto el imperio cambió de señor. Vespasiano envejecido y decrépito decia: «Creo que voy trasformándome en dios;» satánica frase, con que al sentirse morir se mofaba de la excesiva credulidad de algunos de sus antepasados. Vespasiano murió en su quinta de Rieti.

Las armas del imperio consiguieron durante su mando brillante gloria en la conquista de la Gran Bretaña. Cerealis y Agricola fueron los distinguidos generales que llevaron á Roma la sumision de aquellos isleños.

El templo de la Fortuna Romana fue reedificado bajo sus auspicios; erigido el templo de la Paz, enriquecido con los trofeos sagrados del de Jerusalem; restauróse el Capitolio, y adquirió extraordinario desarrollo el movimiento mercantil, gracias á la apertura de provechosas vias de comunicacion entre los principales países.

Pero lo que caracteriza al imperio de Vespasiano, es el haber sido la demostracion palpable de que Roma podia aun salvarse, y de que no habia esperanza para Israel.

Vespasiano sepultó para siempre á Jerusalem, dispersando al pueblo judío, al paso que empezó la moralizacion del pueblo romano. Estaba resuelto por la Providencia que la ciudad de los profetas no floreciera desde el momento en que no habia querido reconocer la realizacion de las profecías; y que Roma, la ciudad de los ídolos, consiguiera la herencia de Jerusalem, recibiendo aquella un dia la luz que esta no quiso recibir. Por esto Jerusalem fue perdida y Roma fue salvada, en el sentido de que concedió el Señor á Roma lo que no concedió á Jerusalem, tiempo suficiente para conocer la verdad y abrazarla.

Sepultando á Jerusalem Vespasiano consumó sin saberlo la emancipacion completa de la

Iglesia. «Las condenaciones por Neron dieron fe del nacimiento del Cristianismo, dice M. Aubé, la destruccion del antiguo templo consagró su independencia (1).»

Los cristianos, como hemos dicho, aprovecharon la calma que les ofrecia el nuevo Emperador para reparar las brechas abiertas en sus filas por las crueldades de Neron. Sabíase su existencia y su propaganda, pero al mismo tiempo conocíase el carácter pacífico y subordinado de la sociedad creyente en JESÚS. Si hubiera sospechado de la fidelidad de los cristianos Vespasiano los hubiera perseguido, como persiguió á los filósofos de mas prestigio. Los dejó en paz, señal evidente que no participaba de la idea de Neron sobre que eran un peligro permanente para el Estado. El que sacrificó ante la posibilidad de un manejo, de una intriga política, un hombre como Julius Sabinus, solo porque descendia de los Césares, ¿no hubiera igualmente sacrificado los miembros de una conjuracion imponente? No los sacrificó, no los persiguió; luego, la simple tolerancia del Príncipe equivalia á la refutacion contundente de los argumentos, razones ó motivos alegados en apoyo de la persecucion neroniana. Vespasiano trazó la mas gloriosa vindicacion del Cristianismo con su sola aquiescencia.

Verdad es que el público no era tan sensato como el gobierno en el período que describimos. Al lado del monumento funerario, públicamente erigido, por la familia de Domitilla, del que hemos hablado antes y del que Mr. Rossi ha escrito que era «un notable monumento de libertad y de seguridad para la doctrina evangélica (2)» se han encontrado inscripciones populares, que constituian verdaderos insultos, groseras provocaciones á la fe y á la virtud de los secuaces del Cristianismo. Que en alguno de los motines producidos por la exasperacion de las pasiones del vulgo, desenfrenado aun por el licenciamiento de los malos instintos de que gozara en anteriores tiempos, se inmolará alguna inocente y preciosa víctima, cosa es que está perfectamente en lo posible.

Algunos anales cronológicos del Cristianismo consignan que el papa san Lino recibió la corona del martirio en tiempo de Vespasiano, bien que se habla por los mismos escritores de resentimientos alimentados por un personaje que figuraba entonces contra el sumo Pontífice. Es presumible que si Lino murió bajo de Vespasiano,—y no como pretenden otros en el último año de Neron,—su muerte fuera un asesinato, que eran entonces frecuentes y fáciles, y no una muerte oficial.

De todos modos, por aquellos años la Iglesia de JESUCRISTO sufrió el cambio de la augusta persona que representaba la autoridad suprema, que ejerció gloriosamente Anacleto.

XXXVI.

Imperio de Tito.

El hijo de Vespasiano, Tito Flavio, nacido en Roma el 30 de diciembre del año 40 de nuestra era, llegó al supremo imperio el 24 de junio del 79. Su advenimiento, temido por la poblacion sensata á causa del libérrimo de sus costumbres, del que no tenia el pudor de recatarse, vino á dar dichoso mentís á los juicios formulados en vista de sus antecedentes. Tito fue un buen soberano, en lo que cabia serlo en los tiempos corrompidos en que subió á la gobernacion del mundo.

Contra la costumbre constante, contra lo que casi á fuerza de reproducirse puede considerarse una especie de ley de la historia, la atmósfera del poder purificó el corazon de Tito; depuró sus costumbres en las regiones donde tantos y tantos las corrompen.

Las del nuevo soberano eran detestables. La opinion pública, y en ello andaba apoyada por innegables datos, le atribuia ser causa de los asesinatos con que Vespasiano manchó los

(1) Mr. Aubé, *Histoire*.

(2) Mr. Rossi, *Bulletino di archeol. crist.*

últimos años de su imperio, desmintiendo la mansedumbre de su carácter; le atribuía la rapacidad, pues era notorio la venta de sentencias y favores por él obtenidos de su padre; le atribuía la obscenidad y la crápula; atestiguadas por los eunucos y prostitutas que privaban en su palacio.

Era el concubino público de Berenice, aquella reina que vimos en Jerusalem figurando en los últimos episodios de la santa ciudad, hermana de Agrippa, esposa primero de su tío Herodes, rey de Calcida, y luego de Polermon, rey de Cilicia, á quien repudió, enamorándose del ilustre general romano, cuyas hazañas le dieron en Oriente precoz celebridad. Opulenta en fortuna, favorecida en cualidades físicas y en instrucción, faltábale solo la riqueza y el prestigio de la virtud, la sabiduría sin la cual los demás dones nada significan, ni nada valen.

Creyeron los romanos que Berenice iba á compartir con Tito el ministerio del poder; y confirmaba esta suposición la general creencia de que unas próximas nupcias sellarían las íntimas relaciones de ambos amantes, y no podían tolerar los romanos que una mujer extranjera, y judía por añadidura, y reina para colmo de contrariedades pudiera compartir el corazón de un César. El pensamiento de que una hija de reyes iba á ser señora de la casa augustal y sentarse junto á la silla curul del Emperador, aumentaba la impopularidad del advenimiento de Tito.

Nada de lo temido aconteció. Berenice fue despedida de palacio; los eunucos y amazonas siguieron la suerte de Berenice. El alcázar soberano se montó según el espíritu de severidad de los más modestos antecesores. Renació allí la sencillez digna de Augusto. La integridad fue el norte de la administración. Nada de venalidad en el otorgamiento de los empleos y favores públicos; acceso franco á la persona imperial, cuya liberalidad fue pronto la admiración de los romanos. Advertido del desequilibrio existente entre las prodigalidades y los recursos de su fortuna, «¿pues qué? contesta, ¿es posible salga alguno descontento de la visita del Príncipe?» La clemencia brilló en el ejercicio de su poder. Si descubre una conspiración, invita los conjurados á su mesa, les acompaña al anfiteatro, y al ofrecérsele, según costumbre, las espadas de los gladiadores, las da á sus dos émulos, como si les dijera: «Matadme si quereis.»

«Tito podía ir solo al baño, á pié, confundido entre la multitud; podía platicar tranquilamente con el pueblo en el teatro, tomar determinado partido, criticar, aplaudir, seguro de no vulgarizarse como lo hizo Vespasiano. Era Vespasiano, pero Vespasiano sin trivialidad y sin avaricia; era Augusto, pero Augusto joven, no teniendo á su lado la intrigante Livia, no teniendo en su interior los resentimientos de las proscripciones. Era Augusto soldado, y soldado ilustre; el vencedor de la Judea llegado en Roma á ser el príncipe y el símbolo de la paz. Él burló todos los temores como otros burlan todas las esperanzas (1).»

Vespasiano y Tito devolvieron al pueblo romano el uso de la parte de ciudad que Neron se había reservado exclusivamente para sí. La célebre vía Sacra, recorrida por los conquistadores, teatro de las ovaciones fervientes del pueblo á los caudillos que le traían nuevas haces de gloria, cosechas de sus sudores propios y de la sangre de sus ejércitos; aquella vía Sacra, por los monumentos que contenía y por los recuerdos que vinculaba, Neron la había cercado, edificando á derecha y á izquierda palacios, dependencias, jardines y lagos consagrados á su solaz y esparcimiento; un lago, más bien un mar, formóse en la confluencia de las pendientes de las colinas Palatina, Celia y Esquilina.

Los Flavios abatieron aquella apoteosis monumental del orgullo neroniano. Abrióse al pueblo la puerta que le cerraba el acceso al sendero sagrado. El palacio de los Césares quedó reducido á sus antiguos límites del Palatino; el templo de la Paz y el Foro aparecieron en el lugar donde había levantado Neron su segundo alcázar. La estatua de Neron se transformó en la estatua del sol. Sobre el Esquilino Tito edificó magníficas termas. El lago Neron fue dese-

(1) Champagny, *Les Antonins*.

cado; el agua interceptada de los antiguos conductos devuelta á la ciudad; un inmenso anfiteatro se erigió, capaz de contener ochenta y siete mil espectadores.

La inauguracion de estas magnificencias fue la gran fiesta del pueblo romano; el segundo dia grande de Tito, ya que fuera el primero el de su triunfo por las victorias de Judea.

Roma flaviana tomaba posesion de sus grandezas erigidas sobre la Roma de Neron. Cien dias duraron los regocijos en que sucesivamente se celebraron cazas, combates de elefantes, de gladiadores; batallas campales y navales, donde lucharon en simulacro tres mil hombres. Cinco mil bestias recibieron la muerte en un solo dia, lidiadas algunas por mujeres. Echáronse al pueblo multitud de billetes, que daban al que los recogia posesion de esclavos, vasos de oro y hasta naves. Marcial expresó la gratitud del pueblo en estos versos:

*Reddita Roma sibi est et sunt te praside, César,
Deliciae populi quae fuerant domini.*

No duró mucho tiempo aquel sensato y humanitario gobierno. El paternal Emperador sintió pronto la decadencia de su salud. Una postracion creciente de ánimo engendró en él aquella melancolía, que en los grandes empresarios es síntoma fatal de próxima muerte. El último período de su existencia habia extenuado su antes privilegiado vigor, porque además de las vigiliass y afanes que le exigió la restauracion del orden moral y material de Roma, hubo de desplegar incansable solicitud sobre las víctimas de calamidades inauditas. El Vesubio habia vomitado torrentes de fuego sobre los países contiguos en una estension inconcebible. El humo arrojado por sus cráteres llegó á interceptar enteramente la luz solar por espacio de veinte y cuatro horas. «La oscuridad de aquel dia, escribió Plinio el jóven, no semejaba á la de una noche sin estrellas, sino á la que reina en una sala perfectamente cerrada y sin luz artificial.» Un manto de humo envolvía tierra y mar. Las cenizas esparcidas por el viento llegaron á Roma, algunos sostienen que hasta el Egipto, Pompeya y Herculano quedaron sepultadas entre la lava. La configuracion del terreno recibió un cambio tan radical, que era muy difícil conocer donde estaba la verdadera sepultura de aquellos dos pueblos. En aquella catástrofe las letras perdieron á Plinio el anciano y á Casius Bassus, poeta celebrado.

Tito corrió veloz á la Campania, teatro de la devastacion, prodigando consuelos por doquiera; pero mientras socorria á los necesitados de aquella region, Roma le llamó precipitadamente porque un nuevo incendio devoraba el Capitolio restaurado y los soberbios teatros de Balbus y de Pompeya, las termas de Agrippa y otros edificios suntuosos. Al incendio sucedió la peste.

Frente á frente de estas calamidades, permanecia inquebrantable el ánimo de Tito. Declaró que su tesoro particular cubriría las pérdidas ocasionadas por el incendio de Roma. Nombró médicos con el deber de visitar y atender gratis á los pobres invadidos. Las ciudades y reyes tributarios le ofrecieron auxilios, Tito los rehusó. Los bienes de los que morian sin herederos, que segun la ley pasaban al Estado, fueron cedidos á favor de las localidades que sufrían ó habian sufrido. Las alhajas de los palacios imperiales fueron consagradas al sosten de los monumentos y al esplendor de los templos.

Roma y la Italia se levantaron pronto de la postracion consecuenta á tantas desgracias. Solo Herculano y Pompeya permanecieron sepultadas por el período de diez y siete siglos.

Á los dos años y dos meses de reinado Tito comprendió que tocaba al fin de su existencia, que se extinguió como se extingue la luz de una lámpara falta de aceite.

Roma prorumpió en un llanto universal al saber la funesta noticia. Los senadores aunque era de noche acudieron al Senado, cuyas puertas todavía estaban cerradas. El Senado deliberó al aire libre, acordando al difunto un elogio que escedió en gloria y expresion á los acordados á los soberanos vivos; circunstancia que hace subir de quilates la consideracion de la ve-

nalidad de aquella Roma. Cada ciudadano vistió luto como si hubiera muerto el individuo mas allegado de su propia familia. Es que Roma sabia quien era Tito, que acaba de perder, y sabia tambien que tras de Tito venia Domiciano.

XXXVII.

Imperio de Domiciano.

El sucesor de Tito, Flavius Sabinus, conocido por Domiciano, nombre heredado de su madre, nació en Roma el año 51, llegó á la augusta dignidad el dia 13 de setiembre del año 81. Roma conocia la altivez y la arrogancia de su nuevo Señor. Su padre Vespasiano vióse obligado á tomar sérias precauciones contra la astuta malevolencia de su segundo hijo, que acariciaba la idea del destronamiento paterno. Cuantas veces intentó Domiciano influir en la marcha de la república ó ingerirse en los asuntos domésticos de la casa imperial fue invitado á permanecer en su retiro y abstraccion. Era lo que se llama propiamente un príncipe en desgracia, aunque en desgracia merecida. Semejante situacion agrió su carácter. Su retiro en Albano no concentró su espíritu y su conciencia volviéndole sensato y meditativo.

Los actos primeros de su mando hicieron esperar que, como Tito, la gravedad del ministerio imperial le habia dado los sentimientos del deber y de la justicia. El primer bienio de su gobierno no ofreció síntomas de la tiranía que luego desplegó. Quizá el recuerdo de las virtudes de su hermano contenian la impetuosidad de sus vicios.

Notóse en él una aversion constante hácia la sociedad. Solitario, á causa de la falta de virtudes sociales, entreteníase en la caza pueril de moscas. Ocupacion indigna que sus biógrafos han recordado para confirmar los juicios desfavorables de la historia respecto á la pequenez de sus miras.

Sin embargo, Domiciano sentia gusto por la literatura. En su juventud escribió un poema sobre la guerra de los judíos; cantó la caida de Jerusalem y la victoria de su hermano. Favoreció las lecturas públicas, pensionó algunos talentos distinguidos, instituyó pequeños concursos académicos, y cada quinquenio invitó á los poetas y prosistas á una lid para obtener preciosas coronas otorgadas por su mano. Juvenal, Stacio y Marcial privaron en la casa del reinante Flavio. La poesia perdió en dignidad lo conseguido en honores cesáreos. La adulacion prostituye la musa. Sin duda irónicamente uno de los poetas cortesanos llamó vírgenes á las musas:

Prosit mihi vox dixisse puellas (1).

La magistratura entró decididamente en el sendero de la rectitud. Quizá el único rasgo laudable sin reserva del imperio de Domiciano fue su inexorabilidad en lo relativo á la administracion de la justicia. «Jamás, dice Suetonio, la justicia fue mejor administrada que en aquellos dias.» Restauró varias leyes olvidadas del tiempo de Augusto. La severidad de costumbres tuvo en él vigilante censor, bien que el reino de la moral tenia su frontera en los lindes de su palacio. La virtud era exigida, impuesta solo á los súbditos.

La ley Scantinia, contra los amores infames, como otras de la misma índole, se aplicaba rigurosamente en el Foro, pero era conculcada en palacio. Expulsábanse los historiadores, mientras el mímico Latinus recibia favores del Príncipe y el histrion Paris gozaba de la mas estensa y sostenida privanza. Condenaba el Foro la vergonzosa moda de los eunucos; pero el eunuco Carinus formaba las delicias de la corte imperial. Tres vestales pagaron con el suplicio la infidelidad á sus sagrados votos, mientras Domiciano, no contento con haberse hecho esposo de una mujer ajena, tenia por favorita á Julia, su sobrina, hija de Tito, que habia rehusado por esposa.

(1) Juvenal, *Sat.* VIII.

Como Vespasiano y Tito se consagró á la ereccion de monumentos y al embellecimiento de Roma. Adornó con una columnata soberbia de mármol el templo de Júpiter, erigió en el campo de Marte un templo á Minerva Calcídica, completó el Circo Máximo, fundó un Odeon, y ostentó extraordinaria magnificencia en los juegos y diversiones públicas.

Domiciano carecia de cualidades de hombre de guerra. Poseyéralas, y encontrara en ellas campo anchuroso donde expansionar noblemente su espíritu, pues la campaña sostenida en Bretaña ofrecia glorioso teatro á la exhibicion de un emperador experto y valiente.

Las ventajas obtenidas por Agrícola al frente de un ejército aguerrido é intrepido, mortificaban el amor propio del César, que al conocer que las águilas romanas ocupaban todos los puntos dominantes de la gran isla, amenazando caer sobre la Irlanda, sintió por el ilustre general que les dirigia esta mezquina envidia que tantos generosos sentimientos ahoga. Mas despues de hecha pública la célebre victoria sobre Galiacus en el monte Grampian, Domiciano determinó apagar la estrella que brillaba en la frente del augusto caudillo.

Decretó la ereccion de una estatua á Agrícola, al mismo tiempo que le llamó á Roma, privando á la república de sus eminentes servicios. Prudente y modesto el general regresó, viajando sin pompa, entrando en Roma de noche y de incógnito, el que podia hacerlo rodeado de los trofeos conquistados de Glasgow á Falkirk; en palacio se le recibió con reserva y frialdad, *exceptus brevi osculo*, dice Tácito, dejándolo confundido entre el vulgo de los artesanos. Diósele á entender la conveniencia de que renunciara al gobierno de una rica provincia, recompensa acostrumbrada á los que se retiraban del mando militar supremo. Con lo cual manifestó Domiciano lo mucho que le mortificaban las grandezas ajenas.

Verdad es que semejante proceder para con los eminentes servidores del imperio apagó en muchos el deseo de distinguirse en defensa de instituciones, que ni ocultaban, ni trataban de paliar sus sentimientos de ingratitud.

Para evitar la entronizacion de sus generales en el aprecio público quiso dirigir por sí mismo la guerra contra la Dacia, que encastillada en la Transilvania, ciudadela inmensa, natural, guardada por un laberinto de montañas, ofrecia seguro abrigo á los enemigos de Roma, que por invierno caian sobre las fronteras del imperio, cuya integridad tenian en continua amenaza. El rey Decébal, dotado de genio militar, dominaba la tierra y el espíritu de la Dacia. Las legiones romanas sucumbieron repetidas veces en las acciones allí sostenidas.

Domiciano fué á luchar contra Decébal. ¿Triunfó? ¿fue derrotado? Hé ahí lo que no explica bien la historia. Lo cierto es que la historia no designa ningun campo donde las armas de los combatientes se batieran con ahinco; si hubo grandes batallas fueron sin duda batallas anónimas.

Verdad es que se celebró una paz; ¿pero fue á costa de los dacios ó de los romanos?

Faltan detalles de aquella guerra; los poetas que cantaron el triunfo limitáronse á elogiar la clemencia del soberano para con los vencidos. Elogios sospechosos que pueden servir para explicar la necesidad de acabar por un tratado lo que no podia acabarse por las armas. Marcial, pintando la mansedumbre reflejada en el rostro de Domiciano exclama:

Talis supplicibus tribuit diademata Dacis.

Venideros sucesos demostraron que la espada de Domiciano no habia alejado los peligros que amenazaban al imperio por parte de Decébal, y que segun una expresion feliz, Domiciano tendió á Decébal una mano llena de oro, con que compró la paz y su consecuente triunfo.

Comprendiendo la imposibilidad de ser querido por el pueblo, cuyo interés jamás consultaba, acudió á la imposicion de su autoridad por la fuerza material, por la exageracion de su poder.

En el último tercio de su reinado no hubo ya gobierno en Roma, la tiranía de Tiberio y

de Neron reaparecieron. Domiciano fue tirano á sangre fria, tirano por cálculo, así como algunos de sus antecesores lo fueron por carácter, por instinto, por pasión. Por esto se ha dicho que si fuese preciso hacer un estudio moral de la tiranía, el alma de Domiciano sería la escuela mas á propósito para cursar aquella terrible asignatura.

«No es fácil empresa la de descender en lo profundo del alma de un tirano para descubrir en ella el manantial de los vicios y del odio que desbordan sobre el género humano. La envidia, la avaricia, el miedo, el orgullo son á la vez los principios constitutivos y los tormentos vengadores de la tiranía. Apetece el tirano reunir todas las ventajas morales y materiales y teme perderlas. Imposible le es satisfacer sus aspiraciones y su ambición, y cuanto mas alcanza, mas se siente dominado por la envidia y por el temor. Nada significa para él llegar á ser el hombre mas poderoso de la tierra, el mas opulento de la sociedad, si existe todavía algo que desea y aun no posee. El tirano es insaciable. El remolino de su envidia todo lo envuelve y lo traga. La dicha que le escapa, las cualidades que no alcanza son en su concepto un robo de que es víctima. Su conciencia inquieta persigue en los que ha herido en sus personas ó en sus bienes hasta la tranquilidad que disfrutaban á pesar de sus despojos y de sus injusticias. Quisiera rivalizar con las cualidades que otros poseen y de que él está desprovisto, y viéndose de ellas privado, quiere arrebatárselas á sus émulos. Es preciso suprimir las virtudes que estorban. El destino del tirano es odiarlo todo, envidiarlo todo, amenazarlo todo, y por ahí, tener miedo de todo. Tiene miedo de perder lo que tiene y de no obtener lo que desea; teme á los que ha ofendido y á los que se propone ofender. Desprecia á cuantos le son inferiores; mas, como teme de todos y por todo, tiembla tanto mas cuanto mas hace temblar. ¿Cómo elevarse á bastante altura para estar á cubierto de este miedo de todos los instantes y de todos los lugares? No, la tierra no le ofrece un punto inaccesible á los demás para servirle á él de retiro y de refugio. Solo el cielo podría tranquilizarle; solo siendo dios encontraria reposo el que se dedica á turbar el reposo de todos los hombres. Siendo dios celoso, terrible, vengativo impondria miedo sin sentirlo. ¡Estraña coincidencia! el tirano tiene junto á todos los vicios, todos los tormentos que parecen mas ajenos á la tiranía. Es todopoderoso y le devora la envidia; lo posee todo y es avaro; es señor de todo y tiembla; es el rey del mundo y siente vacío el corazón; gigante de orgullo coloca Polion sobre Ossa, Ossa sobre Polion para escalar el cielo y usurpar la divinidad, pero siente siempre que no es mas que hombre (1).»

Esta disposición orgánica, digámoslo así, de la tiranía era la del carácter de Domiciano. Todo este juego de vicios y de bajezas funcionaba con estupenda naturalidad en su alma, en la que no encontraba eco la voz de ninguna grandeza moral. Rodeóse de consejeros tan abismados como él en la concupiscencia de las pasiones rastreras. Messalinus Catulus, le servia para mortificar los hombres de honradez y probidad reconocidas; Carus, que llamaba cínicamente «sus muertos» á los que eran objeto de sus calculadas acusaciones; los llamaba «suyos», impidiendo que ningun otro se entrometiera en sus negocios hasta ser en realidad lo que les llamaba con antelación: «sus muertos.» Regulas, el hombre inmoral, arrojado del palacio de Vespasiano por el clamoreo de la gente sensata, á la que perseguia desde su prianza en son de represalia. Las extorsiones, los atropellos se multiplicaban cada dia, tomando formas progresivamente repugnantes. Los enormes gastos del imperio solo podian cubrirse á fuerza de confiscaciones. La confiscación llegó á ser el *ars artium* de los cortesanos. Al morir un rico romano preguntaba Domiciano: «¿Cómo pensaba este de mí?» si le contestaban que favorablemente, «entonces, decia, yo debo ser su heredero; tal fue su voluntad.» ¿El testamento instituia otro heredero? No importa, era nulo, por olvido manifesto en algo esencial. ¿Contestábanle que el difunto era desafecto á la situación? mejor, en tal caso era un criminal, reo de lesa majestad, sus bienes pertenecian á la *majestad* que habia conculcado.

Propietario de todo, dominador de todo, soñó ser el árbitro soberano de todo, imponiendo

(1) Zeller, *Les empereurs romains*.

á todos, no solo su capricho por ley y su voluntad por norma, sino su divinidad. Quiso que sus súbditos le apellidaran «Señor y Dios» *dominus deusque noster*. El Capitolio se pobló de estatuas cuyas ofrecidas por los devotos, sacrificáronse abundantes víctimas y libaciones; cantáronse himnos consagrados á su admiracion; declaróse superior al mismo Júpiter, segun este verso, entonces corriente:

...*Notat ista deus qui flectit habenas*
Orbis et humanos PROPRIOR JOVE dirigit actus.

Marcial, temiendo que Júpiter, impaciente por tener cuanto antes en el Olimpo á Domiciano le llamara á la inmortalidad, se encara con el presidente de los dioses y le dice: «Si tienes prisa para ver á Domiciano vente á la tierra.»

Et tu, si properás, Jupiter, ipse veni.

Hoy es para nosotros inconcebible esta locura de adulacion, este delirio de idolatría. El Cristianismo ha imposibilitado la admision de aquellos absurdos degradantes para el género humano. La historia de ciertos hombres parece una fábula leida á la luz del buen sentido que emana del criterio cristiano. Hoy el que pretendiera ser considerado como sócio del celeste olimpo seria encerrado en un manicomio.

Domiciano se decia hijo de Minerva. Por esto los templos consagrados en honor de esta diosa, fueron restaurados con especial ahinco y embellecidos con exquisita esplendidez. En el lugar donde Domiciano nació se elevó un templo para eterna memoria (1).

En el Foro se elevó su estatua ecuestre, como dominando las leyes y los juicios.

La conciencia romana sintióse alarmada por aquellos excesos. Resistíanse los pocos ciudadanos que aun creian en los dogmas idolátricos á sancionar la irrision de la divinidad perpetrada por el Príncipe. Á los ojos piadosos Domiciano, léjos de ser dios era un sacrílego. Tambien en el ejército se propalaba el descontento. Las ficciones de las victorias de la Dacia, herian el pundonor militar, no acostumbrado á ver convertidos en escenas de Carnaval los verdaderos episodios de las armas. Sabia el ejército que Domiciano habia disfrazado algunos centenares de legionarios romanos con el traje de dacianos, para aumentar el número de sus cautivos. Domiciano habia arrastrado, pues, el águila de César por el fango de indignas comedias.

En el ejército germano se tramó una conspiracion que, descubierta prematuramente, dió ocasion á la persecucion de ciudadanos indefensos.

Renacieron los peores tiempos de la tiranía de Neron. Una turba de delatores elocuentes y tenaces pintaba á vista del soberano horribles complots, en los que venian gravemente comprometidas personas honradas, ajenas al juego inmeral de la política; astrólogos que decian encontrar reflejadas en el firmamento las trazas de clubs imperceptibles en el suelo; delatores de baja estofa, espías, comediantes que esperaban el lucro, que no podian obtener en el ejercicio de su arte, de las propinas que obtenian por sus denuncias calumniosas, y en mas baja capa una multitud de libertos y esclavos, que renovaban la lucha de mala ley contra sus patronos y propietarios como en el imperio de Calígula.

Pretextos de venganza nunca faltaban. ¿Quién no podía ser acusado de haber sido alguna vez irreverente para con el dios del Capitolio? Metius Pompesianus es condenado á muerte porque se le encuentra un vasto mapa del imperio; Elias Lamia, marido de Domitia, que el

(1) Sobre el lugar que tuvo la dicha de oír los primeros sollozos del dios Domiciano y de verle andar á cuatro patitas escribió Marcial:

Infantis domini conscia terra fuit:
Felix qua tantis sonuit vagitibus et que
Vidit reptantes sustinuitque manus.

